

J. Arango Ferrer

Encuesta sobre los orígenes de la literatura hispano americana



A «Revista Política» de Río de Janeiro, comentando el libro «Literatura Colombiana» publicado por el Instituto de Cultura Latino Americana que dirige Arturo Jiménez Pastor en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, raciocina sobre el abolengo literario de América, negándoles a sus literaturas la capacidad de expresarse por cuenta propia hasta ya muy entrado el siglo XIX.

La crítica literaria está naciendo en el continente, y de ello da prueba el artículo que comentamos, pero el raciocinio está anticipándose en la documentación en la grave responsabilidad de las conclusiones. Quien firma el artículo ha localizado su lámpara de rayos penetrantes en la primera vértebra de la americanidad: al definir nuestra cronología literaria ha destruído de una plumada, tres siglos de fermento y de germinación, de atisbo y de rumbo, pero ha planteado, con no poco

desparpajo, el plebiscito que aun no ha inquietado a la universidad y a la academia.

Los críticos e historiadores americanos diz que toman por nativos a los escritores españoles y portugueses de la conquista y de la colonia, fabricando con las obras que ellos escribieron la cuna de sus literaturas: he ahí la primera observación del crítico brasileño: según añade, esto significa «confundir el espíritu con la letra, el documento literario con el fenómeno literario». El hecho denunciado se cumple efectivamente con toda deliberación en textos, reseñas, e historias de literatura porque la crítica no está entre nosotros preparada para discriminar el problema de nuestra nacionalidad literaria y porque la consigna de nuestra generación deber ser la de dar a conocer la noticia de los documentos que vertieron plumas peninsulares y plumas criollas ante el asombro de las nuevas tierras.

Para definir el espíritu de nuestras literaturas desde el siglo XVI nos faltan los elementos de juicio que sólo puede darnos la concienzuda meditación de los documentos. Si en las reseñas de literatura colombiana, pongo por caso, se omitiera a Jiménez de Quesada, a Castellanos, a Cieza de León, o a los ilustres Fray Pedros Aguado y Simón, es probable que lectores tan eruditos y avisados como el comentarista de «Revista Política» ignorasen las noticias de estos cronistas que se hicieron escritores en el Nuevo Reino

de Granada, narrando lo que vieron y entendieron en los épicos días de la conquista. Los relatos del norte y del sur no son simples documentos de la conquista escritos desde un pellejo turístico europeo; algunos son fenómenos literarios consubstanciales de América logrados por hombres nacidos, lo mismo da, en España o en América. En nuestros cronistas la vida de América no fué un «mero accidente», como dice el comentarista brasileño: accidente en muchos de ellos fué la cuna española. Cieza de León y Castellanos vinieron aún no adolescentes y aquí se hicieron hombres y letrados. El último de ellos vivió, no por mero accidente, 72 años en Colombia, hasta su muerte ocurrida en Tunja hacia 1606, después de escribir en largo proceso de observación, de amor y de fidelidad a la tierra, las *Elegías de los Ilustres Varones de Indias*. Esta obra escrita en ciento veinte mil endecasílabos, y «El Carnero» famoso de Rodríguez Freire, el bogotano, impresionan justamente por el nuevo jugo vital que impregna sus páginas y por la expresión nativista que campea con regocijada simpatía literaria en giros y vocablos. Si el crítico brasileño hubiese hojeado siquiera estas dos obras primogénitas de nuestra literatura otras hubieran sido sus conclusiones.

En varios países de América reciamente hispánicos es difícil, aun ahora, saber dónde termina España y dónde comienza el Nuevo Mundo. En el siglo XVI los letrados permanecieron en España y los aventureros se hicieron biológicamente escritores en la hombru-

na proeza de la conquista. Pero en el siglo XX son los aventureros, esta vez sin gloria, los que se han quedado en España y los letrados, perseguidos por la obscura ferocidad que derramó la sangre de García Lorca, se han refugiado en el Nuevo Mundo, quizá para contribuir a la rehispanización de América por métodos diferentes a las encomiendas y reales audiencias, y modos más leales de acercamiento. En cada escritor español que otea el panorama de América suele haber un Pío Baroja en trance de fabricar guiones con monos de jungla kipliniana. En el choque alérgico no discriminado del español peninsular que huella tierra americana, el mito entorpece la sensibilidad en su certeza, para gustar del nuevo acre encanto; pero el ancestral desdén sucede el lento proceso de América que puede ser exaltación o sopor, fervor o embriaguez: el español comienza a ser americano. He ahí la sutil mudanza de donde nació la nueva expresión literaria. Estoy por invocar más bien la americanización de España que la hispanización de América.

Nuestra heredad es fecunda y promisoria justamente por sus desarmonías: junto a las mixturas mulatas y mestizas del blanco sumergido en tremendos animismos, el americano descendiente de conquistadores es un español que se ha modificado a la sombra de viejos y tradicionales aleros. En la hibridación, aun inconclusa, de razas esclavizadas hubo complejos que determinaron la expresión vital y tuvieron las manifestaciones estéticas no sólo en la plástica sino en la literatura con

crónicas y cantares del folklore. El blanco de antiguo abolengo español fué a su turno la continuidad sometida biológicamente a la mudanza. Ni en el principio sociológico, ni en la manifestación cultural, que es índice y norma de la evolución, aun como defensa y represalia, podemos aceptar con tanto dogmatismo la tesis del crítico brasileño cuando dice que la conquista y la colonia fueron «simples superposiciones» del clima español o portugués.

En tal afirmación, no por negativa menos trascendental, pues que invita a la investigación y a la polémica, el escritor brasileño Guerreiro Ramos se atiene a Luis Alberto Sánchez en su libro «Vida y pasión de la cultura en América», pero tomando de su pensamiento únicamente lo que le conviene para la confirmación y probanza de sus teorías. Pero es el caso que el peruano Luis Alberto Sánchez, maestro de nuestra generación, creador de la crítica americana grande en libros de gran trascendencia, aparece con no pocos descalabros y mermas en el artículo polémico del brasileño «Poucos são os que teem reparado, como Luis Alberto Sánchez, que nossa vida política, económica o literaria, nos tempos da conquista e da colonia tem sido uma simples superposição».

En «Vida y pasión de la cultura en América», el inquieto ensayista peruano admite, por el contrario, expresiones literarias diferentes durante la colonia: «de un lado, dice, una poesía de salón, de corte, plena de imitaciones renacentistas». Literatura de esta laya tu-

vimos los colombianos en Domínguez Camargo con su romance «A la muerte de Adonis» y en Ladrón de Guevara y demás contemporáneos con epigramas y cantos laudatorios que disparaban para engolados personajes del séquito virreinal. En esta casta privilegiada que se pavoneaba por los vastos dominios coloniales, sin arraigo alguno, se produjo la superposición. El paramento y la bambolla, el relumbrón y el amaneramiento cortesano de un mundo frívolo y barroco a lo borbón, mantuvieron a esos títeres de Molière ausentes de la realidad americana que ya alboreaba en «una literatura coplera, popular, de vivaque, de campamento». Así dice Luis Alberto Sánchez, mostrando el reverso de la medalla donde podríamos dibujar la efigie de nuestros clásicos unidos a España por la materia idiomática y a América por un sutil espíritu literario. Como si presintiera que estas dos modalidades pudieran pasar inadvertidas, Luis Alberto Sánchez termina el capítulo «Mestizaje y superposición» de su excelente libro diciendo: «El grave error de los críticos e historiadores de América es haber creído que la vida colonial sólo está reflejada en este aspecto oficialesco y engañoso». He ahí al escritor Guerreiro Ramos juzgado y desautorizado por el crítico en quien afirmó la estrategia de sus baterías.

El «método desastroso de considerar el fenómeno literario» de que habla el comentarista brasileño lo emplea el mismo Luis Alberto Sánchez en su reseña «La Literatura del Perú» publicada como la uruguaya de

Alberto Zum Felde y la colombiana del suscrito, por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Por allí campean Martín del Barco Centenera, Pedro Cieza de León, Pedro Sarmiento de Gamboa, Juan de Betanzos y el cholo inmortal Garcilaso Inca de la Vega, cuya obra bastaría por sí sola para darle ciudadanía universal a la literatura americana de los siglos XVI y XVII.

Si la fe de bautismo es necesaria para definir la nacionalidad literaria de los escritores, bien puede decirse que la literatura es menos el hombre que la obra. El uno es hoy con su cédula de identidad y mañana no aparece Martín Fierro va tomando dimensión en la Pampa Argentina y en el mundo hispánico y su autor la va perdiendo a tal punto que dentro de algunos siglos su existencia será legendaria en la fábula donde se agranda sin embargo el Cid como arquetipo de una raza. En este sentido es más chilena «La Araucana» de Ercilla, soldado español del siglo XVI, que la obra desconcertante de Neruda, y son más colombianas las Elegías de Castellanos, así mismo soldado español del siglo XVI, que la obra poética de Guillermo Valencia.

Ver el libro que es, al través del libro que se apetece, es una limitación negativa del juicio. Suele haber críticos y diletantes a quienes no interesa la referencia del documento literario porque prefieren la cómoda síntesis que les traiga en una sola cláusula el pensamiento, la danza y la cocina de un pueblo. Una guía bi-

bliográfica, urgida de laconismo, no puede ser un tratado de sociología, ni un instituto de nutrición con las más variadas encuestas sobre la manera como se guisan las empanadas, se bailan las cumbias o se cazan los caimanes. En el momento actual las reseñas de literatura que necesita América son las guías bibliográficas formuladas siguiendo el proceso histórico-crítico del fenómeno literario-social, con las obras más dicientes y los conceptos posibles en el instante intelectual del escritor, para que el total no sea un guirigay de nombres y de fechas. Esa fué la intención y ese el sentido de los cursos de literaturas americanas organizados por el doctor Coriolano Alberini, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y del doctor Arturo Jiménez Pastor, bajo cuya experta dirección marcha el Instituto de Cultura Latinoamericana, anexo a dicho Facultad, así como los libros que de ellos resultaron.

La sociología criolla, en el aspecto literario, está, pues, dividida en dos escuelas: la de quienes le niegan a América la capacidad de haberse expresado por sí misma durante la colonia, y la de quienes sostienen con Luis Alberto Sánchez, entre otros—pese al crítico de Río Janeiro—la expresión autóctona americana desde los albores de la conquista, a pesar del Santo Oficio, del Consejo de Indias y de cuantas entidades creó España para vigilar paternalmente la ignorancia de los súbditos indianos. Esta es una cordial voz de alerta para la nueva gente cuya consigna es el se-

gundo descubrimiento de la América oculta en la mina y en la selva, en la gleba y en el suburbio, en el canto y en el documento de ignoradas esencias que aun no han intuido críticos de agudo olfato. Entendemos que ha llegado la hora de superar los complejos de inferioridad que conservamos como herencia del feudalismo colonial en el sentimiento de la ilegitimidad historiado con tanta justeza por Fernando González en «Los Negroides».

Montevideo, Octubre de 1941.